

Dr. David Turner, Mateo

Lección 9A – Mateo 19-20: Acercándose a Jerusalén

Saludos a todos. Soy David Turner, y esta es la Lección 9A de nuestra clase de Mateo, donde vemos a nuestro Señor Jesús acercándose a Jerusalén. Ha dejado Galilea y ahora se dirige a la Ciudad Santa.

En esta lección, el tiempo apremia porque hay demasiado que cubrir, así que vamos a ir directo al grano. Primero, debemos presentar el bloque narrativo entre los discursos cuarto y quinto de Mateo, el discurso sobre los valores del reino en el capítulo 18 y el discurso escatológico de los capítulos 24 y 25. Este bloque narrativo comienza con el viaje de Jesús al sur, desde Galilea hasta Judea, al otro lado del Jordán (19:1). Después de un tiempo, Jesús cruza el río hacia Jericó en la profunda fosa tectónica (20:29), y luego avanza hacia el oeste, subiendo por las colinas hacia Jerusalén, hasta llegar a Betfagé y al Monte de los Olivos (20:17, 20:11). Una vez hechos los preparativos necesarios, Jesús entra en la ciudad (21:10), se enfrenta a los líderes del templo y se marcha a pasar la noche en Betania (21:17). A la mañana siguiente, regresa a la ciudad (21:18) y entra de nuevo en el templo (21:23). Allí se ve envuelto en una serie de acaloradas disputas con varios líderes judíos.

Estas disputas culminan en los siete artículos de ayes de Mateo 23, tras lo cual Jesús sale del templo rumbo al Monte de los Olivos (24:1-3), y allí se sitúa el contexto para el quinto y último discurso (24 y 25). En todo esto, la historia de Mateo es muy similar a la de Marcos, con algunas diferencias significativas. El material de Mateo 19-23 continúa temas fundamentales como Jesús el sanador, la oposición de los líderes judíos, la enseñanza de los discípulos y, sobre todo, el acercamiento de Jesús a su sufrimiento en Jerusalén.

Si bien los temas son familiares, el contenido está organizado de forma más temática que en el último bloque narrativo. Aquí se hace un énfasis comparativamente menor en la sanidad y las predicciones de la pasión. La mayor parte del material se dedica a Jesús enseñando a sus discípulos (19:10 a 20:28), y también confronta a los líderes religiosos de Jerusalén, por supuesto, en 21:12-23:39. El material centrado en el discipulado en 19 y 20 es, en efecto, una continuación de los temas que se encuentran en el cuarto discurso de Mateo 18 sobre los valores de la comunidad del reino.

En el material que cubre el discurso del templo de Jesús, la confrontación de Jesús con los líderes judíos, una mala situación, va de mal en peor, peor en 21 y 22 de lo que había sido, y peor en 23. La estructura del pasaje que tenemos frente a nosotros al comienzo de esta sección, Mateo 19:1-15. 19:1-15 comienza con una transición e introducción que inicia el bloque narrativo que comienza aquí a partir del discurso de Mateo 18. Este bloque narrativo comienza con una controversia iniciada por los

fariseos con respecto a la legalidad del divorcio en 19 :3-9. Las restricciones de Jesús contra el divorcio son la ocasión del comentario hastiado de los discípulos sobre la superioridad de la soltería, y Jesús responde a esto también en 19:10-12. En este punto, los niños entran en escena, y en contra de los deseos de los discípulos, Jesús los afirma y los bendice.

Así pues, esta sección consta de tres unidades. El debate inicial con los fariseos da lugar a dos discusiones en las que Jesús corrige las opiniones de los discípulos sobre el matrimonio y los hijos, respectivamente. A lo largo de la sección, el tema central son las cuatro respuestas de Jesús: la primera, dada a los fariseos (19:4 y 19:8), y la segunda, a los discípulos (19:11 y 19:14). La disputa de Jesús con los fariseos sobre la permanencia del matrimonio y la indeseabilidad del divorcio conduce naturalmente a las conversaciones con sus discípulos sobre la soltería y los hijos. Ahora bien, ¿qué dice Jesús sobre el matrimonio aquí? La permanencia y la normatividad del matrimonio son los puntos principales de este pasaje.

La cita de Jesús de Génesis 1 y 2 lo deja claro, y su rechazo del divorcio como pecado lo refuerza. Su explicación del celibato como un estilo de vida apropiado solo para un número relativamente reducido de personas especialmente dotadas honra implícitamente el matrimonio como la norma para la mayoría. De igual manera, su afirmación de los hijos que nacen del matrimonio respalda implícitamente la institución misma del matrimonio.

En nuestros días, al igual que en los tiempos de Jesús, el divorcio es demasiado frecuente. La soltería suele exaltarse por encima del matrimonio como un estilo de vida más satisfactorio, y los hijos suelen ser menospreciados como una carga que consume tiempo en la carrera profesional. Pero Jesús aboga firmemente por el matrimonio como el modelo divino para su pueblo, un modelo al que todos, excepto aquellos especialmente dotados, deberían aspirar.

Este modelo solo puede abandonarse mediante el divorcio legal tras su ruptura por infidelidad sexual. Las obligaciones de este modelo son preferibles a la aparente libertad de la soltería, salvo en casos de dotación divina especial. Los descendientes de este modelo deben ser afirmados y bendecidos.

En cierto sentido, el matrimonio puede verse desde la perspectiva de la enseñanza de Jesús sobre tomar la cruz y negarse a sí mismo (16:25). El divorcio, la soltería y la falta de hijos pueden parecer el camino al éxito y la plenitud, pero al final, la vida aparentemente despreocupada se convierte en una vida solitaria y perdida. El matrimonio y la crianza de los hijos pueden parecer una supuesta vida pesada, pero al final, estar casado y tener hijos resultará ser la vida más plena posible, porque es una vida conforme al modelo del Creador para sus criaturas.

En el mundo caído actual, las relaciones ideales inherentes al modelo creado no son fáciles de alcanzar; sin embargo, la instauración del poder del reino permite a los discípulos vivir en gran medida conforme a dicho modelo. Muchos seguidores genuinos de Jesús han fallado en una o más de estas áreas, y la Iglesia debe acercarse a quienes han fallado y restaurarlos a la obediencia y la comunión. Sin embargo, es mejor evitar el pecado que ser perdonado.

Prevenir es mejor que curar. Ahora pasamos a analizar la perspectiva de Jesús sobre el divorcio y el nuevo matrimonio. Es probable que la pregunta de los fariseos en 1903 se dirigiera a la interpretación que Jesús tenía de Deuteronomio 24:1-4.

En su contexto original, este pasaje prohíbe a una mujer que se ha vuelto a casar y se ha divorciado de dos hombres diferentes volver a casarse con su primer marido. Por lo tanto, Deuteronomio 24 no constituye un mandato divino de divorcio, sino solo una concesión debido a la dureza de corazón. Jesús interpreta las implicaciones originales del matrimonio en una sola carne en Génesis 2:24 como una exigencia de permanencia.

De hecho, solo permitirá el divorcio en caso de inmoralidad sexual, que rompe el carácter de una sola carne de la unión. Salvo en casos de infidelidad, el divorcio conlleva adulterio. El lenguaje aquí presupone, como en el Antiguo Testamento, que un hombre podía divorciarse de su esposa, pero una esposa no podía divorciarse de su esposo.

Sin embargo, una esposa podía apelar a los ancianos de la comunidad para la reparación de agravios, como se aclara en la Mishná, en la sección Ketuvot. Mateo 19:9 (compárese con 5:32) ha sido interpretado de diversas maneras, y sus dificultades exegéticas se ven agravadas por problemas textuales. Consulte el comentario textual de Metzger para obtener ayuda al respecto.

Una dificultad radica en el significado de la palabra pornea, que se ha entendido de diversas maneras: infidelidad conyugal, infidelidad prematrimonial (como en 1:19), o incesto (como en Levítico 18 y 1 Corintios 5:1). En resumen, el enfoque de la Nueva Traducción Viviente, por ejemplo, parece ser el más adecuado, ya que el contexto no restringe el sentido general de pornea de ninguna manera específica. Otra dificultad importante es el alcance de la cláusula de excepción, a menos que su esposa haya sido infiel.

La pregunta es si esta cláusula permite tanto el divorcio como el nuevo matrimonio en caso de infidelidad, o solo el divorcio. La mayoría de los eruditos protestantes adoptan la primera postura, pero hay excepciones notables. Quienes adoptan la segunda tienden a considerar que 19:11 y 12 se refiere específicamente al celibato exigido a quienes se han divorciado.

Parece que esta cuestión no puede resolverse con argumentos gramaticales, pero la perspectiva de que tanto el divorcio como el nuevo matrimonio están permitidos en caso de infidelidad parece la más adecuada. La libertad para volver a casarse es la esencia del divorcio; de lo contrario, carecería de sentido. Además, parece arbitrario pensar que a las personas divorciadas se les concede universalmente el don del celibato.

Más bien, las personas arrepentidas que se han divorciado por infidelidad deberían tener la libertad de reconciliarse la segunda vez. Para un análisis especialmente útil de las numerosas dificultades exegéticas y una referencia a la literatura académica, véase el comentario de Carson. Los discípulos de Jesús son, en el pensamiento de Pablo, una nueva creación en Cristo, según 2 Corintios 5:17, Efesios 2:11 y otros pasajes.

Participar en el reino de Cristo equivale a ser una nueva humanidad cuya identidad y relaciones provienen de la identidad y las relaciones de la humanidad anterior a la Caída. De igual manera, cuando Jesús afirma en este pasaje que el divorcio no era la intención original de Dios, implícitamente les dice a sus discípulos que su identidad consiste en recapitular la identidad de las relaciones de la humanidad anterior a la Caída, cuando los corazones endurecidos comienzan a pervertir la intención de Dios. Los discípulos de Jesús anhelan el momento en que el mundo sea renovado, según Mateo 19:28, pero también anhelan que la voluntad de Dios se haga en la tierra como en el cielo (6:10).

En este sentido, la permanencia del matrimonio debería ser una cuestión de rutina en la comunidad cristiana, un aspecto de su vida presente que refleja y anticipa la justicia que vendrá con el reino de Dios a la tierra. Si Moisés no ordenó el divorcio, ciertamente Jesús tampoco lo hizo. Incluso en casos de infidelidad conyugal, el divorcio no debería ser la primera opción, ni mucho menos la única.

¿No son las heridas, sin duda profundas, causadas por la infidelidad conyugal susceptibles de sanación por el amor de Dios? ¿No deberían las parejas que contemplan el divorcio, incluso en casos de infidelidad, considerar las implicaciones de Mateo 18-21 y siguientes? El perdón debe otorgarse en toda situación, incluyendo esta, y dicho perdón a menudo puede conducir a una relación restaurada y a un testimonio renovado del poder del mensaje del reino de Jesús. Si Dios odiaba el divorcio bajo el antiguo pacto (Malaquías 2:14-16), ¿cuánto más ahora que el reino ha amanecido? Ahora pasemos a la conocida perícopa de Jesús en el episodio del joven rico. Este episodio es uno de los textos evangélicos que con frecuencia se considera instructivo para quienes realizan evangelización personal, junto con pasajes como Juan 4, donde Jesús se encontró con la mujer junto al pozo.

Pero este pasaje puede malinterpretarse. Al enfatizar la segunda tabla de la ley, Jesús no enseñaba un camino de salvación mediante la observancia mecánica de los

mandamientos. El uso que Jesús hace del término «perfecto» en 19:21 no implica la noción de dos niveles de discipulado.

Jesús simplemente responde a la pregunta del joven, mostrándole gradualmente la raíz de su problema: la codicia. Jesús comienza por cambiar el enfoque de la preocupación por uno mismo a la preocupación por Dios. En lugar de preocuparse por las buenas obras, el hombre debería ocuparse de la bondad de Dios (19:16 y 17).

Quizás el hombre le pedía a Jesús que le asignara una buena obra que le brindara la vida eterna que anhelaba. Cuando Jesús lo dirige a los mandamientos, parece confundido sobre cuáles son relevantes. Cuando Jesús cita la segunda tabla, afirma que ha cumplido los mandamientos, pero que aún le falta algo.

En este punto, Jesús llega al meollo del problema al ordenarle al hombre que dé sus riquezas a los pobres y se haga discípulo, lo cual le traerá un tesoro celestial. En cierto sentido, Jesús le pide al hombre que repita un papel previamente descrito en dos parábolas, 13:44-46. Jesús no exige limosna, sino todo, comentan correctamente Davies y Allison.

El hombre lo perderá todo, pero ganará a Jesús en el reino. Esto es lo que le ha faltado siempre. Pero su dolorosa partida deja claro que no había cumplido todos los mandamientos, pues no había amado a su prójimo como a sí mismo (19:19).

Jesús no cita el décimo mandamiento, «no codiciarás» (véase Éxodo 20:17), pero la respuesta del hombre muestra claramente que también había quebrantado este mandamiento. Jesús llevó al hombre al punto de reconocer lo que le faltaba al negarse a obedecer a Jesús. Su riqueza se ha convertido en un Dios que prevalece sobre el Dios verdadero, lo cual viola el primer mandamiento (Éxodo 20, versículos 2 y 3). Por lo tanto, la negativa del gobernante a hacer el bien, a deshacerse de sus riquezas y a seguir a Jesús demuestra que no reconoció la bondad de Dios en su vida.

Sirve al dinero, por lo que no puede servir a Dios (6:24). Su materialismo le impide buscar primero el reino (6:33). Pero su tristeza indica no solo que no está listo para seguir a Jesús, sino también que ahora sabe lo que le falta, y quizás no sea exagerado esperar que finalmente haya seguido las instrucciones de Jesús, ya que con Dios todo es posible.

Jesús en el reino. Cabe destacar que, en este contexto, se usan cinco términos de forma muy similar. En 19:24, Jesús habla del reino de Dios junto con su término más característico, el reino de los cielos, en 19:23.

Esto responde a la pregunta del joven sobre heredar la vida eterna (19:16 y 29). Jesús describe el mismo concepto como la perfección en 19:21, y los discípulos lo llaman

salvación en 19:25. De esta interacción semántica se pueden extraer dos conclusiones.

En primer lugar, como ya se desprende de comparaciones sinópticas como Mateo 13:31 y 32, Marcos 4:30-32 y Lucas 13:18 y 19, no existe una diferencia real entre el reino de Dios y el reino de los cielos en Mateo. Más bien, el término reino de Dios se utiliza ocasionalmente por sutiles razones literarias y contextuales para describir el mismo referente que el término más común, reino de los cielos. En segundo lugar, si bien el lenguaje aquí sobre heredar la vida eterna y entrar en el reino puede implicar que este es futuro, el lenguaje sobre ser perfecto y ser salvo implica que el reino puede experimentarse verdadera, si no totalmente, en la vida presente.

El reino de Dios es presente y futuro, y quienes no reconocen ambos aspectos truncan la riqueza de la verdad bíblica y la bendición espiritual. La descripción del reino futuro en términos de las doce tribus de Israel parecería, a primera vista, justificar la creencia en la conversión escatológica de la nación de Israel a la fe en Jesús como Mesías. Esto concordaría con el énfasis general de Mateo en el cumplimiento de las Escrituras, principalmente a través de las palabras y obras de Jesús el Mesías.

Los seguidores de Jesús, el maestro supremo de la Torá, constituyen Israel dentro de Israel, el remanente escatológico. Al final, juzgarán o gobernarán a la nación en su conjunto. Sin embargo, algunos comentaristas interpretan este lenguaje como una indicación de que la iglesia gentil, que reemplaza a Israel, gobernará a las naciones en su conjunto.

Uno de los problemas de esta perspectiva es que disuelve la distinción que Jesús hizo entre el gobierno de los discípulos sobre Israel (19:28) y la recompensa de todos los que se sacrifican para seguir a Jesús (19:29). Si la iglesia suplanta a Israel, esta distinción carecería de sentido. Ahora, un resumen y una transición al capítulo 20.

El desarrollo de Mateo 19 se extiende hasta 20:16, ya que la parábola de los obreros, en la primera parte del capítulo 20, es la conclusión de la respuesta de Jesús a la pregunta de Pedro sobre las recompensas en 19:27. Es significativo que, inmediatamente después de esta respuesta, Jesús prediga la tercera pasión, que nuevamente enfatiza la proximidad geográfica a Jerusalén en 20:17 al 19. Tras otra respuesta a otra pregunta sobre las recompensas en 20:20, se produce la entrada triunfal en Jerusalén y comienza la Semana de la Pasión.

De esta manera, el desplazamiento geográfico de Mateo 19:1 marca el comienzo del fin del ministerio terrenal de Jesús. Ahora, en Mateo capítulo 20, queremos abordar primero la interpretación de la parábola de los viñadores. Si una parábola es, como dice el refrán, una historia terrenal con un significado celestial, entonces cabe preguntarse cuál es la contraparte celestial de los terrenales descritos aquí.

La mayoría coincidiría en que la viña representa a Israel (Isaías 5:1-7, Jeremías 12:10, Mateo 21:28 y 33). Y que el terrateniente aquí representa a Dios, quien con soberanía y gracia otorga recompensas a sus siervos. La cosecha habla del juicio escatológico (véase 13:39).

Más allá de esto, la identificación del primero y el mayor con el último y el menor es más controvertida. Quizás los primeros representan a Pedro y a los discípulos, dada la pregunta de Pedro en 19:27. De ser así, se les advierte a Pedro y a los discípulos que no asuman la gracia de Dios solo por haberse sacrificado para servir en su reino.

Serán justamente recompensados por su riguroso servicio, pero no deben quejarse si otros que parecen haber sacrificado menos reciben una recompensa tan grande como ellos. En todo caso, la generosidad de Dios supera con creces las expectativas humanas, y no debemos estar de acuerdo con quienes plantean la pregunta de 20:12. Los siervos no pueden quejarse si reciben una recompensa acorde con su trabajo.

En el reino, los estándares humanos de mérito son reemplazados por la generosidad divina. Esto parece ser una explicación correcta de los detalles de la parábola en su contexto inmediato, pero existen otras interpretaciones. Hay varias aproximaciones a la inversión descrita en el crucial dicho entre paréntesis en 19:30 y 20:16.

Algunos lo interpretan como un cambio social en el que, en el juicio final, los pobres se enriquecerán y los ricos se empobrecerán. De hecho, Mateo habla de tal cambio en las Bienaventuranzas, capítulo 5, versículo 3. Algunos lo interpretarían como un cambio religioso en el que Dios prefiere a los recaudadores de impuestos y pecadores que entran al reino en último lugar que a los líderes religiosos judíos. Este es también un tema clave en Mateo (Mateo 9:11-13, 11:19 y 21:31).

Un tercer enfoque para la inversión es que se trata de una inversión histórica redentora, ya que en el plan de Dios, los gentiles, en lugar de los judíos, cobrarán prominencia. Mateo indica en muchos pasajes que, sorprendentemente, muchos judíos rechazan el reino y muchos gentiles lo aceptan. Esta bien podría ser la perspectiva más prominente a lo largo de la historia de la iglesia.

Otros lo interpretan como un cambio eclesial en el que quienes entre los discípulos deseen ser prominentes serán humillados, pero quienes sean humildes serán considerados verdaderamente grandes. Al menos dos importantes textos de Mateo también subrayan este punto clave: el capítulo 18, versículos 1-4 y 20:25-28. Otros lo interpretan de forma muy general como un cambio antropológico en el que, en la consumación, la gracia soberana de Dios humillará a los orgullosos y exaltará a los humildes.

Si bien esto es cierto, Mateo parece más preocupado por la comunidad de discípulos que por la humanidad en general. El problema con todos estos enfoques anteriores sobre la inversión es que no se sustentan específicamente en el contexto inmediato, que presenta la parábola como una advertencia a Pedro y a los discípulos para que no presuman de la gracia y las recompensas de Dios. Son ellos quienes corren el peligro de murmurar contra Dios cuando otros que entran en el reino posteriormente sean recompensados.

Deben aceptar cualquier recompensa que Dios les conceda generosamente y no deben compararse con los demás. Así, la parábola del terrateniente anticipa el problema de los hijos de Zebedeo, quienes buscan ambiciosamente las mayores recompensas en el reino futuro (capítulo 20, versículos 20 y siguientes). Ahora bien, la predicción de Jesús sobre su muerte en Mateo 20, versículos 17-28.

Mateo 20, versículos 17-28, narra la tercera y más completa predicción de la pasión de Jesús (versículos 17-19), seguida de un episodio que enfatiza la ambición de los discípulos (versículos 20-28). En este pasaje, Mateo contrasta la humildad y el sufrimiento de Jesús con el orgullo y el anhelo de gloria de los discípulos. La estructura de 20 :17-19 contiene los elementos principales de las dos predicciones anteriores de la pasión: traición, muerte y resurrección.

También hay elementos singulares. La estructura de la segunda parte del pasaje implica un diálogo que se convierte en una ocasión de enseñanza: el diálogo en los versículos 20-23 y la enseñanza en los versículos 24-28. Primero, Jesús responde a una petición de la madre de los hijos de Zebedeo en los versículos 20-23.

Cuando el resto de los discípulos se enteran de la petición, su ira se convierte en otra oportunidad para que Jesús les enseñe sobre la verdadera grandeza en su reino. Esta enseñanza se presenta en dos declaraciones paralelas sobre la grandeza mundana (20:25), en antítesis de dos declaraciones paralelas sobre la grandeza del reino (20:26 y 27). La verdadera grandeza implica seguir los pasos de Jesús en el camino del servicio sacrificial (20:28).

En este pasaje, el lector se siente impulsado a simpatizar con Jesús y a mostrar antipatía hacia los discípulos. Su ignorancia, falsa confianza y orgullo contrastan con el conocimiento, la resignación a la voluntad del Padre y la humildad de Jesús. Observe también aquí las predicciones de la pasión de Jesús.

Esta es, de hecho, la tercera, y tienen ante ustedes, en los materiales complementarios de la página 36, una tabla que compara estas tres predicciones. Podríamos dedicarle tiempo a esta predicción y a estas comparaciones, pero debido a la falta de tiempo en esta lección, les pediré que revisen la tabla de la página 36 y observen algunas de las similitudes, las constantes que se mantienen en las tres, y también cómo esta predicción final ofrece algunos detalles clave que no se

mencionaron anteriormente. Ahora, observen cómo la predicción de la pasión de Jesús presenta un contexto bastante melodramático para la ambición de los discípulos.

Mateo 20:28 es un estudio notable sobre la definición de la auténtica grandeza. Desde la caída de la humanidad, la grandeza se ha definido en términos de prestigio, poder y gloria. Jesús alude a esta situación en 20:25 y la repudia inmediatamente en 20:26.

Su definición de grandeza en términos de servicio revoluciona el modelo del mundo. Sus discípulos deben seguir su ejemplo de servicio sacrificial y sufriente, incluso hasta la muerte. Pablo comprendió claramente esta definición radicalmente diferente de grandeza según 2 Corintios 4:5, 10:1, 12:9 y 10, y Filipenses 2:3 y siguientes.

No hay nada mejor que reflexionar sobre estas palabras de Jesús del relato de Lucas sobre la Última Cena. ¿Quién es mayor, el que se sienta a la mesa o el que sirve? Yo estoy entre ustedes como el que sirve (Lucas 22:27). El relato de Juan sobre la explicación de Jesús sobre el lavatorio de pies a los discípulos también es muy relevante aquí (Juan 13:12-17).

Jesús ha hablado tres veces de sus sufrimientos venideros en Jerusalén, pero inexplicablemente, sus discípulos han olvidado su dolor previo ante esta perspectiva. Resulta ilustrativo comparar la petición egoísta de la madre de los hijos de Zebedeo con la petición altruista de la mujer cananea por su hija allá por 1521-1528. Uno habría pensado que la madre de los dos discípulos de Jesús tendría mayor perspicacia espiritual que la mujer cananea, pero lamentablemente, no fue así.

Los discípulos están preocupados por su propia gloria en lugar de preocuparse por el sufrimiento de su Señor. Más tarde, Pedro y los mismos discípulos que deseaban sentarse a la derecha, a la derecha y a la izquierda de Jesús en el reino, duermen mientras él agoniza en el Huerto de Getsemaní (26:36-46). Como Jesús había predicho, no se sentó en un trono en Jerusalén, sino que fue crucificado con ladrones a su derecha e izquierda.

Qué impactante es contemplar la insensibilidad de los discípulos ante las prioridades de Jesús. Pero es aún más impactante darse cuenta de que muchos que se declaran seguidores de Jesús aún hoy parecen no comprender la naturaleza de la grandeza de su reino. Ahora bien, Jesús como rescate por muchos, una teología de la redención en Mateo.

Al entregarse en rescate por muchos, Jesús paga un precio que los libera de la esclavitud del pecado. Compárese con Marcos 10:45, Lucas 1:68, Lucas 2:38, 1 Timoteo 2:6, Tito 2:14, Hebreos 9:12, 1 Pedro 1:18. El concepto de rescate

probablemente se basa en pasajes del Antiguo Testamento como Éxodo 30:12, Salmo 49:7-9 y, especialmente, Isaías 53:10-12. Mateo 20:28 evoca 1:21 y anticipa 26:28. En 1:21 se afirma que Jesús salvará a su pueblo de sus pecados. Esta afirmación, un juego de palabras con el nombre Jesús, indica que el problema de Israel no es su ocupación por Roma, sino su pecado contra Dios.

Pero ¿cómo liberará Jesús a su pueblo de sus pecados? Pagando un rescate que los liberará de la esclavitud de la alienación de Dios, según 20:28. En vista del contexto de Isaías 53:10-12, la inquietante pregunta de 16:26 —¿qué puede dar el hombre a cambio de su alma?— y el uso de la preposición griega anti, que significa «en lugar de» o «a favor de» en 20:28, Mateo enseña que la redención es vicaria. Llega cuando Jesús sustituye su vida por la de su pueblo. Pero ¿cuándo pagará Jesús este rescate? Según 26:28, el vino de la Última Cena fue concebido como un símbolo sagrado de la sangre de Jesús derramada para la remisión de los pecados de su pueblo.

Su sangre fue derramada en su crucifixión, y claramente fue entonces cuando se pagó el rescate. Ahora pasamos a Jesús sanando a los dos ciegos en 20:29-34. Jesús les dijo a sus discípulos que iban camino a Jerusalén y que sería traicionado y crucificado allí (20 :17-19). Cuando salen de Jericó, Jerusalén está a solo 24 kilómetros de distancia, y es inevitable que los siniestros acontecimientos predichos por Jesús ocurran pronto. Pero Jesús no puede concentrarse en sus propias preocupaciones.

Como de costumbre, él y los discípulos van acompañados de una gran multitud, pero esta vez su compasión se dirige a ayudar a dos ciegos. A su primer grito de auxilio, la multitud los desdeña, pero su fe es firme y suplican a Jesús una y otra vez. Jesús acaba de decirles a sus discípulos que la grandeza en el reino se calcula en la escala del servicio, no del poder.

Ahora usa su poder para servir a los ciegos, quienes responden siguiéndolo camino a Jerusalén. Ya no hay necesidad de ordenarles silencio (compárese con 8:4 y 9:30), pues la hora de Jesús ha llegado. Sus clamores al Hijo de David pronto serán repetidos por otros al acercarse a Jerusalén, pero los líderes religiosos no se unen al coro, lamentablemente (21:9, 21:15 y 16).

Ahora necesitamos analizar brevemente la transición del capítulo 20 al resto de la narrativa en Jerusalén. Mateo 20 comienza con la parábola del terrateniente y los trabajadores (vv. 21-16). Como se mencionó en el capítulo anterior, esta parábola, la última parte de nuestra discusión, es en realidad la conclusión de la respuesta de Jesús a la pregunta de Pedro (v. 19:27). La frase ominosa «los primeros serán últimos y los últimos primeros» encierra la parábola (compárense 19:30 y 20:16). Después de la parábola, hay una mención significativa de Jerusalén en relación con la tercera predicción de la pasión de Jesús (vv. 20:17-19).

Luego, la madre de los hijos de Zebedeo expresa sus ambiciones para su hijo en 20 al 28. El capítulo concluye con la curación de dos ciegos en Jericó mientras Jesús se acerca cada vez más a Jerusalén en 20:29 al 34. Es importante notar que Mateo 20 gira en torno a la proximidad de Jesús a Jerusalén y su plan de ir allí.

Su predicción de la pasión se hace aún más dramática por su cercanía a Jerusalén. Compare pasajes como 19:17, 18 y 29, y observe el capítulo 2, versículos 1 y 3, 3:5, 4:25, 5:35, 15:1, 16:21, 21:1 y 10, y 23:37. La madre de los hijos de Zebedeo hace su petición en una hora tardía de la vida terrenal de Jesús, y la respuesta de Jesús enfatiza que su humilde servicio a la humanidad implica su muerte sacrificial (20:28). La curación de los tres ciegos presenta su confesión mesiánica de que Jesús es verdaderamente el Hijo de Dios. Esta confesión pronto resuena en Jerusalén durante la entrada triunfal, así llamada en 20, versículos 30 y 31, y 21:9 y 15.

Todo esto tiende a despertar el interés del lector en los acontecimientos apócrifos que están a punto de cumplirse en Jerusalén. Y al continuar, llegamos a la parte de este evangelio que Mateo ha estado guiando desde el principio: el momento en que nuestro Señor va a la gran ciudad, la ciudad santa, Jerusalén, solo para ser rechazado por los líderes, pero para lograr la redención de su pueblo y enviarlo en misión al mundo.